Miróse también como bellísima disposición para el logro de la Misión, y seguridad de la entrada de los Misioneros al país de los bárbaros cierta casualidad, porque teniendo los vecinos de Tarija preso en la cárcel á un Cacique poderoso de los Chiriguanos llamado Taguaró, y después de bautizado Pedro, le consiguió el Padre Rafael Giménez la libertad, de que el bárbaro quedó sumamente agradecido, y ofreció que reduciría todos sus vasallos y muchos pueblos que recibían sus órdenes, porque era el Cacique principal de toda la dilatada cordillera de los Chiriguanos, y por este respeto fué á quien más agasajó y acarició el celoso Padre Julián. Sin embargo, que todas estas circunstancias parecían conspirar á que se lograse felizmente la Misión y la conversión de los Chiriguanos, se atravesaron otras dificultades que la retardaban, fué menester tiempo para vencerlas y allanarlas, porque siempre se recelaban inconvenientes de parte de los bárbaros, que siendo de genios inconstantes, no se podía fiar de ellos enteramente, y también se hallaba menos fomento en quien más debiera concurrir.

CAPÍTULO XVII

EL PADRE JULIÁN NOMBRADO SUPERIOR DE LA MISIÓN DE LOS CHIRIGUANOS. — FERVOR CON QUE ÉL PROCURÓ DESVANECER LOS OBSTÁCULOS PARA SU ENTRADA.

En todo lo dicho se pasaron más de siete meses con harta mortificación de nuestro Padre Julián y y de otros tres Misioneros que estaban destinados á la misma gloriosa empresa, quisieron luego empezar á emplear su celo. A quien más de lleno hería el sentimiento era al Venerable Mártir, á quien el Padre Provincial había nombrado Superior de la Misión y la solicitud de darla cuanto antes principio le costó algunos sinsabores, que toleraba gustoso para tan justa causa. Uno de los motivos que más retardaban la entrada de los Padres Misioneros á tierra de Infieles, era el temor que se tenía de los bárbaros y de su inconstancia, porque aunque algunos se habían mostrado deseosos de la paz y cansados de la guerra, no se podía fiar de ellos, que en viendo por su país á los Misioneros indefensos, no se alterasen, y cometiesen contra sus personas algún desacato que obligase de nuevo á los Españoles á tomar venganza con las armas: ni parecía ir mal fundado este recelo, porque no habiendo cesado la guerra por la frontera de Santa Cruz de la Sierra, era muy factible que los bárbaros vengativos se quisiesen despicar contra los Jesuitas,

de los daños que por aquella parte recibían, y les incitaría á ello el Demonio con todas sus máquinas por impedir la guerra declarada que le iban á hacer los Misioneros, y los estragos de su tiránico imperio, que por ese camino recelaba.

Los Misioneros, por el contrario, se esforzaban á desvanecer estas razones, alegando que estaba tan lejos de deberse temer de los Chiriguanos por la guerra que de parte de Santa Cruz les hacían los Españoles, que antes de esto mismo se debía esperar serían mejor recibidos, porque concebirían los Infieles con cuánta sinceridad se procedía de nuestra parte, pues tanto se fiaban de ellos en el tiempo más sospechoso; y que dado caso que hubiese algún peligro, algo se había de aventurar, puesta la confianza en Dios, ni era éste motivo nuevo que debiese retardar su entrada, pues con este conocimiento los habían consagrado sus Superiores al altísimo ministerio de la conversión de aquella gentilidad, y con el mismo se habían ellos ofrecido y dedicado á él, sin reparar en trabajos ni peligros de la vida, que son inseparables de tan glorioso empleo. ¿Qué fuera del mundo (decían) si por temor de semejantes riesgos hubiesen los Apóstoles dejado la predicación del Santo Evangelio? Gimiera aún sepultado en las tinieblas de la gentilidad, y no gozáramos la dicha de vivir hijos de Dios, en la observancia de su ley santísima. Bien sabía Cristo Señor Nuestro cuánto habían de padecer sus queridos discípulos; tenía bien conocido, que todos habían de perder la vida á fuerza de crueles tormentos por la fe que predicaban, y sin embargo los envió como á corderos mansos entre lobos carniceros que en ellos habían de ensangrentar sus garras y hacerlos á todos pedazos; pero ¡con cuánto bien de las almas redimidas con la sangre de Dios hombre! ¡Con cuánta Gloria del Redentor! ¡Y con cuánto provecho propio de los mismos Apóstoles y Discípulos! Este ha sido el costo de las empresas grandes en la Iglesia.

Ni mirando las cosas más cercanas á nosotros, ha habido otro camino de conseguir las estupendas conversiones que ha logrado nuestra Misión de la Provincia del Paraguay. Las floridísimas Misiones, que aun las naciones extranjeras tanto celebran, como se fundaron. Sacrificándose intrépido el Padre Marciel de Lorenzana á la voracidad inhumana de los belicosos y bárbaros Guaraníes, enemigos entonces jurados del nombre español y del Cristianismo, como lo han sido y se teme que aún lo sean estos Chiriguanos, parientes y originarios de aquella nacóin. Difundíase entonces, como ahora á nosotros que no se hace de aquellos bárbaros cruelísimos, y comedores de carne humana que luego le quitarían la vida, y harían pedazos sus miembros para celebrar banquete. Atropelló por todos estos miedos, estimulado del celo de su salvación, entró á aquellos Indios y aun creciendo tanto el recelo de los Españoles, que entraron armados á sacarle violentamente, porque con su muerte no se encendiese de nuevo el fuego de la guerra, como aquí se recela, perseveró constante, redujo el pueblo de San Ignacio Guazú, y con su resolución abrió por entre mayores peligros la puerta á la conversión de

todo el Paraná. Por el mismo camino sembrado de riesgos, penetró el invicto Mártir Padre Roque González, á reducir los del Corpus Itapoá, Concepción, etc., atrayendo inumerables almas al conocimiento de Cristo, antes de perder la vida á las alevosas manos de los del Caaró ¿A qué peligros de la vida no se expuso el apostólico Padre Antonio Ruiz de Montoya en el Guairá? ¿cuántas veces le repelieron aquellos bárbaros, cuántas en el Tayaobá le siguieron y le persiguieron, para beberle la sangre, y sacrificar sus carnes á su gula? ¿Desistió por ventura de la empresa? Nada menos, sino que más animoso repitió las entradas, hasta ganar para Cristo aquellas gentes obstinadas.

Ni en tiempos y paises más cercanos, se han dejado de ver repetidos los mismos ejemplares. Testigos hay en esta ilustre Villa, que vieron salir á á los primeros Misioneros, que plantaron la fe en la belicosísima nación de los Chiquitos, que era el terror de todos sus comarcanos, por su valor y osadía ; ¿cómo se redujo hasta formar la lucida y fervorosa Cristiandad que hoy todos celebran? ¿No fué entrándose sólo por ellos, sin temor de sus envenenadas saetas, el Apostólico Padre Joseph de Arce, haciendo confianza de ellos y poniéndose en sus manos sin recelo de su barbaridad? Todos lo saben, y muchos de éstos nobles vecinos lo pudieron oir de su boca cuando después de conseguido este triunfo del Gentilismo, vino á gobernar este Colegio, que tan reciente es el suceso. Pues si estos ejemplares son innegables, — y se pudieran alegar infinitos, ¿cuándo en ninguna historia se hallará conversion de Infieles sin peligro de

la vida de los Misioneros? — se convence claro, que no es motivo suficiente para retardar nuestra entrada; el riesgo de nuestras vidas, ó el temor de de algún desacato de los Infieles. A la verdad, cuando esta Villa representó al Señor Virrey sus cristianos deseos, de que se encomendase esta empresa á nuestra Compañía, motivando las órdenes de su Excelencia para nuestra venida, bien conocido tenía el genio inconstante de esta bárbara nación, ni ignoraba el peligro general de alguna alevosía; y no obstante este conocimiento, solicitó con empeño y celo ejemplar esta conversión. Pues no habiéndose mudado las circunstancias, ¿por qué ahora se duda de aplicar los medios que han procurado y conseguido para este noble fin? Además, que si en la demanda muriere alguno de nosotros á manos de los bárbaros, morirá como buen soldado de la Compañía, por dilatar el reino de su Capitán, y su muerte será preciosa, y un riego del Cielo que fecunde los campos de esta gentilidad tantos años há estériles, para que rindan copiosos frutos para el Cielo, mostrando la experiencia que suelen ser muy pocas las conversiones, hasta que se derrame sangre de Misioneros, de la cual brotará también la paz que se desea

CAPÍTULO XVIII

EL PADRE JULIÁN CON OTROS MISIONEROS ENTRA EN LA TIERRA DE LOS CHIRIGUANOS. — PASA Á LOS DE CUYAMBUYÚ, Y DESPUÉS Á SANTA ANA. — RUMORES DEL MARTIRIO DEL PADRE PONS. — EL PADRE JULIÁN ATRAVIESA LA CORDILLERA EN BUSCA DE ÉL. — CUÁNTO SUFRE EN ESTAS EXCURSIONES.

Con el valor que se ha visto, hablaban los Misioneros, pero aunque sus razones son tan eficaces, prevalecía siempre el recelo, é iba á pasos lentos la entrada, de cuya tardanza sentían otro inconveniente, porque era fuerza se mantuviesen los Chiriguanos convertidos en el mismo sitio, de que recibían no poco daño. Lo más, que á cabo de meses pudieron conseguir, fué, que el Padre Julián con su compañero el Padre Joseph Pons, pasasen con algunos Capitanes Españoles al Valle de las Salinas, á citar á los Chiriguanos, que bajasen de la Cordillera á ajustar las pases, aunque no se pudo conseguir su venida. Sin embargo, logrando la ocasión ambos Misioneros, se resolvieron entrar á tierras de Chiriguanos, pasando el Padre Pons, hasta el pueblo de Itán, y el Padre Julián á los de Cuyambuyú. Fueron bien recibidos y agasajados de los bárbaros, pero tocando el punto de que saliesen á ajustar las pases, ó se agregasen á formar una Reducción en el Valle, donde se les pudiese enseñar la ley de Cristo, en nada vinieron; bien que de Cuyambuyú, salió el

Capitán de aquellos pueblos, llamado Bariaré, se agregó con su familia á la nueva Reducción que se determinó fundar en dicho Valle de las Salinas, trasladando los Chiriguanos, que estaban en la hacienda de la Concepción, como ya dijimos. Para esto salieron de allí el dia 13 de Agosto el Padre Rafael Giménez é Ignacio Chome, conduciendo la gente con grande incomodidad, y no fué menor la que padecieron hasta fundar el pueblo, porque habiendo de ir á otro sitio destinado para la Reducción, se halló estar aquellas tierras en litigio, y fué forzoso situarse en otro paraje llamado Santa Ana, á donde también acudieron de vuelta los Padres Lizardi y Pons. Halláronse pues en el campo, sin casa ni habitacion, expuestos á las inclemencias de los tiempos, que el deseo de evitar mayores inconvenientes les hizo atropellar por estas incomodidades en la fundación de aquel pueblo: el alimento era muy escaso, y careciendo de lo más necesario para la vida, sólo atendían, á que los Neófitos tuviesen lo más que se pudiese, aun quitándoselo á sí mismos, porque la dura necesidad no les hiciese acordar de sus tierras y abandonar la Reducción.

En cuanto se formaban las habitaciones para los Indios, pareció que uno de los Misioneros pasase hasta el Parapití, que es ya en el centro de la Cordillera de Chiriguanos, acompañado de Yaguaró, que en el Bautismo se había llamado Pedro, el cual tenía allá á su mujer, hijos y vasallos, á quienes quería persuadir abrazasen la Ley de Cristo, y juntamente se lograba registrar lo interior del país, é ir cambiando á otros pueblos del

camino, los cuales por atención del Yaguaró, respetado en toda la nación, ya que no se quisiesen reducir, no cometerían hostilidad ó desacato. Cada uno de los Misioneros quería para sí esta jornada, y en fin se determinó, que fuese el Padre Pons, como se efectuó, saliendo á ella á... de Setiembre, y llegando hasta Guacaya, partido de esta nación, donde había once pueblos, y tenía Yaguaró grande autoridad. Por todos los pueblos del camino iba el Padre haciendo sus diligencias, para que admitiesen la fe de Cristo, y dejasen predicar el Santo Evangelio; pero aunque en lo demás le oían con gusto, en este particular, no daban respuesta favorable, y súpose después haber influído principalmente en esta remitencia los mensajes de cierto chiriguano, que vendiéndose en la Reducción por muy amigo y amante de los Misioneros, ocultamente les hacía guerra, instigado del Demonio, y tiraba á desbaratar sus santos designios, enviando por delante tres confidentes suyos, que disuadiesen á los principales el hacerse Cristianos, porque sería lo mismo que condenarse á miserable esclavitud, perdiendo su amada libertad, que es la que más aprecian estos bárbaros, y el embarazo principal para su conversión. Hallaron estos malignos mensajes toda la aceptación que podia desear el ministro del Demonio, por lo cual, prevenidos, daban repulsa á la propuesta del Misionero, y aun llegando á Guacaya, donde se esperaba mejor suceso, sintió el Padre Pons bastante despego en Yaguaró.

En esto se debió de fundar el rumor que se es-

parció y corrió de pueblo en pueblo, hasta llegar á la Reducción, de que dicho Padre le habían dado muerte los Chiriguanos en Parapití y sabiéndose en Villa de Tarija, causó bastante turbación, y puso en mucho riesgo la nueva Reducción, porque dando por cierta dicha muerte, y abultando el miedo el peligro, se trataba de que dicha Reducción se volviese desde Santa Ana á la hacienda de la Concepción, para asegurarla de su total ruina, siendo á la realidad el camino más cierto de destruirle, porque podían los reducidos enfadarse de estas transacciones é irse á gozar de quietud entre los suyos. Afligíanse los Misioneros, que como mejor enterados de aquella gente, y de todas las circunstancias, aprendían con más viveza este mal, y eran de parecer que no se efectuase aquella peligrosa mudanza; y como por el mismo tiempo le hubiese llegado al Padre Pons la profesión de cuatro votos que había de hacer en el Colegio de Tarija, se ofreció el Padre Julián de Lizardi á atravezar por la Cordillera de los Chiriguanos, para llamar al Padre, si fuese falso el rumor divulgado, ó saber de cierto su paradero, sin recelo de la muerte que le pudieran dar, si fuera verdad que se habían ya ensangrentado contra su compañero.

Penetró, pues, intrépido por aquel barbarismo y para que una vez se haga concepto de lo que en estas excursiones padecían los Misioneros es bien conocer el terreno de suyo asperísimo y muy fragoso en que no se pasa sin fatigas por cuestas muy enhiestas, con precipicios formidables á la vista, poblado todo de fieras y sabandijas; los fríos en

invierno y rigurosos entre el desabrimiento, y destemple de los vientos; el ardor del sol en verano excesivo, que no sólo calienta, sino abraza entre la importuna molestia de varias plagas, siendo la de los mosquitos, zancudos y jijenes tal, que no permite sociego á los vivientes Todas estas asperezas piden para su vencimiento heroica resolución y un ánimo verdaderamente apostólico en los religiosos llamados á la conversión de las almas, pues han de llevar precisamente vendidas la vidas, y más en esta ocasión, que siendo la gente tan indómita y acostumbrada á la traición, no estaba pacífico, no se daba paso con seguridad ó sin susto; y aunque les faltase el peligro de los bárbaros, es inevitable el que lleva de suyo la región, siendo forzoso haber de pasar por fragosas montañas, por caudalosos ríos, por peñas tajadas, expuestos al asalto de las fieras en los montes, al naufragio en las rápidas corrientes, y al despeño en las laderas. Añádese á esto la escasés de los alimentos, que era de legumbres, y tal vez se libraba en la caza de algunos animales, que sólo el temor de morir, pudo hacer de ellos plato para comer. Sólo la gracia de Dios y el celo de la salvación de aquellas almas pueden hacer tolerable esta vida, en cuyos trabajos hallaba tanto gusto el Padre Julián, que rebozaba siempre en alegría, recompensándole el Cielo con espirituales consuelos, las fatigas y sudores.

Confortado pues del Señor emprendió su viaje á Guacaya, en busca de su compañero, y halló ser falsa la voz que había corrido, pues le encontró vivo antes de Parapití, aunque no muy consolado, por la rebeldía de aquellas gentes, y despego de Yaguaró, bien que éste no por esto desamparó á los Padres, sino que volvió acompañándolos fielmente hasta la Reducción, donde en breve le asaltó la última enfermedad, de que murió con sentimiento de los Misioneros, porque no habían perdido las esperanzas de hacer por su medio algún fruto. Cesó con la vuelta de los Padres la aprensión concebida en Tarija, y se desvaneció el intento de retirar la Reducción, certificándole por la relación del Padre Pons, de que los Chiriguanos no trataban de hacer guerra; mas luego que á aquel pueblo parecía amanecerle la seguridad, de ella misma le nacía nuevo peligro de su ruina, porque acaeciendo en ella la dicha muerte de Yaguaró, divulgaron algunos Infieles malignos que los Misioneros le habían quitado la vida, y tomó tanto cuerpo esta voz entre los Gentiles noveleros, que hicieron creible el falso testimonio á su hijo Yagarecá, Cacique de Guacaya. Éste montando en cólera, y sabiendo de sí con el sentimiento, amenazaba que no había de parar hasta destruir la Reducción de los Neófitos y dejar bien vengada la muerte de su padre con los Misioneros, y aunque se dificultaba el logro del perverso designio por la distancia, que es más de cincuenta leguas, y porque no era muy creible que estando temiendo la guerra de los Españoles por la frontera de Santa Cruz, hubiesen de abandonar sus casas por atraer la guerra á país tan distante; pero sin embargo, como los bárbaros se ciegan tanto con el deseo de la venganza, no se quedaba

fuera del recelo, de que sin pararse en aquellas razones se empeñase á todo trance en venir á cumplir sus amenazas, y más si los intermedios (de quienes muy poco se podía fiar) le diesen auxilio para sus intentos. Al fin Yagarecá por entonces se contuvo, y luego parece se desengañó y conoció la verdad, que de muerte natural había fallecido su padre.

CAPÍTULO XIX

REPITE EL PADRE JULIÁN CON SUS COMPAÑEROS LA ENTRADA Á LOS CHIRIGUANOS. — NUEVOS TRABAJOS Y PELIGROS.

Habiendo entrado el mes de Noviembre, en que ya había de hacer su profesión en Tarija el Padre Pons, se hallaban juntos los tres Misioneros, y se determinaron de volver á probar fortuna y tentar de nuevo las voluntades de los bárbaros, para lo cual se pusieron de nuevo en camino el día cuatro el Padre Pons hacia á Tarayry, y nuestro Padre Julián y su compañero el Padre Ignacio Chome, hacia Caiza, pueblo que dista cincuenta y seis leguas, porque habiendo estado en él el dicho Padre Chome en la excursión antecedente, le habían recibido con buena voluntad, y empezado á levantarle una casita para su albergue, con deseo de que se quedase á vivir entre ellos, aunque como descubrió después el tiempo, no tanto con ánimo de hacerles cristianos, cuanto por gozar de las brujerías que llevan los Misioneros para ganar las voluntades de los Infieles, y hacerlos propicios, para que den oídos á la predicación. Al volverse el Padre Chome de Caiza para la Reducción de la Concepción, le había ofrecido el Cacique de Caraparí que en caso de no quererle admitir en su pueblo los de Caiza, él le recibiría en el suyo, y por no malograr esta buena ocasión, fueron ahora con determinación de que pasando á Caiza dicho padre Chome, á ver en qué estado tenían la casita empezada, para hacer allí asiento, por ser mayor población, se quedase el Padre Julián en Caraparí, para empezar á catequizar los que se quisiesen hacer Cristianos á la cuadra de dicho Cacique, que era un viejo muy valeroso, y que se había mostrado benévolo á los Misioneros.

El suceso fué muy contrario á sus fervorosos deseos de convertir aquella gentes, aunque muy conforme á sus ansias de padecer por Cristo. Porque el Padre Pons en su camino del Tarayry los Chiriguanos mandones en el pueblo de Sanandity, que es de Charreses, le robaron lo que se les antojó de las bujerías que llevaba para ganar á los del Tarayry. El Capitán de Timbayty le quiso estorbar el pasaje á Pilcomayo, y no habiendo podido conseguir, se fué al pueblo principal del Tarayry á irritar contra el Padre el ánimo de su soberbio Cacique Angaypá. Este, aunque llegó el Misionero á su pueblo, no hizo caso de él, ni le quiso salir á recibir, como acostumbran; pero como el Padre Pons hubiese agasajado á un hijo suyo, al cabo de largo rato vino lleno de hincha-

zón á visitarle. Propúsole el fin de su medida, y que era hacerles hijo de Dios y darles noticia de la Ley Santa que sólo lleva al Cielo y despreciando fatuoso sus palabras, le dió por respuesta que no había de admitirle en sus tierras, porque estaba bien informado por relación de un español que los Padres eran muy malos y grandes hechiceros, que con sus maleficios perderían sus maizales y acarrearían muchas plagas á sus pueblos, y que otro capitán Infiel sería el de Timboyty, avisándole, como había de llegar á su pueblo, le tenía prevenido que con sus bujerías tiraría á ganar las mujeres para que le consiguiesen permiso de quedarse entre ellos, y que después engañaría todos persuadiéndoles á abrazar la fé de Cristo. Satisfízole el Padre á todo con tal modo, que poco á poco fué el bárbaro deponiendo su arrogancia, y oyendo ya sobre en el primer sobrecejo sus razones, y aun de cuando en cuando le repetía : " Padre tus palabras me agradan", y le dijo que se quedase en su pueblo aquella noche.

Este buen principio tenía ya interiormente alegre al Misionero, esperando que al fin se ablandaría del todo, cuando sobrevino de repente un Indio de estatura disforme, enviado sin duda del Demonio, que todo lo turba, que tocó de manera el ánimo de Angaypá, que le mandó se saliese al punto de aquel pueblo. Hubo de obedecerle, aunque con ánimo de pasar á los otros pueblos del Tarayry; más no había salido, cuando le avisaron, que venían más conjurados á matarle. El miedo fué tan poderoso en un Chiriguano cristiano del pueblo de la Concepción, su único compañero, que desamparó al Padre y se puso aceleradamente en fuga, y caminando solo el Misionero, llegaron varios infieles, que uno en pos de otro le fueron despojando de cuanto llevaba, hasta quitarle por fuerza la zotana, dejándole, como dicen en calzas y jubón, y aún le hubieran desnudado del todo, á no haberle sacado de sus manos, llevádole á su casa, un bárbaro más compasivo, porque no le matasen, como parece intentaban, y fué afortunado, en que una India pudo rescatar de mano de los agresores el Breviario, que le sirvió de consuelo. El Chiriguano Cristiano su compañero, que se fué huyendo, dió aviso de cuanto pasaba al Capitán del pueblo de Capinda, que al pasar el Padre por él, le había tratado con humanidad y demostración de benevolencia, y sabiendo su peligro, le vino á defender, é hizo llevar á su pueblo, y ahora quería ir á vengar con las armas las injurias y desacatos, que contra su persona habían cometido, pero el Padre le rogó con instancia que no tratase de eso, porque no venía á encender el fuego de la guerra, sino á traerles los bienes de la paz á su país. Cedió por fin el muy bárbaro á sus instancias, y quedó muy edificado, que aun en ánimos montaraces se deja admirar y estimar la mansedumbre cristiana.

Juzgó el dicho Capitán de Capinda, no convenía por entonces, que parase allí, y ofreciéndole que después, estando los ánimos más sosegados, le admitiría en su pueblo, le despidió y se hubo de volver con estupenda incomodidad, casi des-

nudo al pueblo de Caraparí, donde encontró á los Padres Lizardi y Chome, que oyeron muy lastimados sus aventuras, las que ya calcularon desde que de lejos vieron su desnudez, pues sólo le habían dejado la camisa y jubón y borzeguíes de cordobán, que usamos en esta Provincia en lugar de medias. Supo allí tambien el Padre Pons, la razón de hallarse juntos los Padres Lizardi y Chome en Caraparí, y era porque en Caizá no habían cumplido los bárbaros la palabra de tener levantada casa, como habían prometido, dando de ello escusas frívolas, y conociéndose por su poca fidelidad que sólo apetecían las bujerías y rescates, ajenos de dar oídos á la predicación Evangélica. Lastimábanse celosos, y compasivos de la ceguedad y dureza de aquella gente obstinada, no sabiendo que ella estaba actualmente fraguando una traición, de que son diestros artífices

Descubriéronse bien presto sus dañados intentos, que quisieron poner en ejecución aquella propia noche, porque ya habían explorado bien el pueblo de Caraparí y donde se alojaban los Misioneros por medio de Yaguaringá, indio principal del pueblo de Suyuandity, quien tomando el pretexto de pedirles cierta bujería, había venido y registrado cuanto deseaba, para ejecutar á su salvo la traición. Y era bien necesaria toda esta cautela, porque á los de Caraparí tenía muy ganadas las voluntades el Padre Julián de Lizardi en los pocos dias que había vivido entre ellos, y los Chaneses de Suyuandity, temían mucho el valor y resolución del Cacique, anciano de Caraparí llamado Necang: pero se habían animado á dar entonces el asalto, coligados con los principales de Caizá, porque Yaguaringá les dijo cómo habia oído decir al dicho Cacique que aquel día se había de ir con un hijo suyo al pueblo de Cararuty á hacer provisión de maíz, de que se hallaba falto. En esta ausencia, pues, con las prevenciones susodichas querían venir á despojarles, y aun á quitarles las vidas, y daban por fácil la empresa según las circunstancias. Recogiéronse los Padres á dormir en una ramada, que los Carapareños le habían formado, no siendo otro su lecho, que el caparazón de sus mulas, con las sillas por cabecera, cuando á media noche llega un Chiriguano de Caizá á dar aviso á los Carapareños cómo sus paisanos y los Chaneses venían en un cuerpo numeroso á quitar la vida á los padres. Despertaron á estos los Carapareños con bastante sobresalto y los obligaron á retirarse á la casa del Cacique, recogiendo con fineza sus cosas, para asegurarlas que no peligrasen, y poniéndose armados en defensa de la dicha casa cinco Carapareños, con mucho denuedo, y un hijo del Cacique Necang partió con mucha presteza á avisar á su padre, que estaba en Cararuty. La fortuna fué que los conjurados, aunque se acercaron á Carapary, no se atrevieron á dar luego el asalto, temerosos de ser descubiertos á la luz de la luna, que hacía clarísima, reservándose para cuando ella se pusiese, que la maldad suele acobardar á los ánimos más osados; pues siendo ellos más que los Carapareños defensores, si embisten cuando llegaron, logran su hecho,

porque los hubieran cogido durmiendo y desprevenidos.

CAPÍTULO XX

UN COMPLOT FRUSTRADO PARA MATAR AL PADRE JULIÁN Y SUS COMPAÑEROS. — PADECE EN EL CAMINO PENURIAS INNUMERABLES. — SU MULA CAE CON ÉL EN UNA LAGUNA.

En la detención, pues, medrosa de los agresores, consistió la salud de los Misioneros, porque los reservaba Dios para mayores trabajos; á nuestro Padre Julián no le quiso dar por entonces la corona, y se rodearon las casas de manera que tuviesen el aviso anticipado por medio de uno de los mismos conjurados, que agradecido á un donacillo que le había dado uno de los Misioneros, se sintió movido á apartarse de los suyos, y caminando por extraviados, anticipó la noticia de la traición, dándosela á la mujer del Cacique, por cuya diligencia se hizo la referida prevención. Los Carapareños, que defendían bien armados á los Padres, dieron señas con muchos silbos á los conjurados, de que estaban vijilantes y no los podrían sorprender descuidados, y algunos más resueltos se animaron á ir á reconocer los enemigos, de los cuales vieron poblada la margen de un río que pasa por la falda del cerro en que está dicho pueblo, y éstos habían ya hurtado las mulas de los Padres. En este tiempo fué el hijo del Cacique á avisar en Cararuty á su padre y

aunque le descubrieron y hablaron, porque tenían tomadas las entradas y salidas del pueblo, no tuvieron reparo en dejarle pasar. En obscureciendo la noche, subieron á Carapari los enemigos, y veinte entraron dentro, registrando todas las casas y hurtando cualesquier cosa, que hallaban perteneciente á los Padres, bien que á la casa donde ellos estaban, ó no quisieron ó no se atrevieron á entrar, hasta que á las tres de la mañana se arrojó entrar el pérfido Yaguaringá y dijo al Padre Chome: que Ibaceyú, hijo del Cacique Tipiolby, gran traidor que vivía en Sumandyty, le llamaba para hablarle. Iba el Padre á salir, pero no se lo permitieron los fieles compañeros; bien que repitiéndose el mensaje al amanecer, no le pudieron detener, y yendo á su alojamiento, habló con Ibacuyú, sin dar señas de temor ó recelo. A la verdad, los tres Misioneros estaban tan serenos y alegres en aquel peligro, que ellos mismos consolaban á las Indias, que con la piedad propia de su sexo se afligían por verlos amenazados de aquellos malvados, y á pique de perecer.

Preguntando Ibacuyú del motivo de aquella estrepitosa á intempestiva venida, dió por respuesta algunas razones que traía estudiadas para deslumbrarle y quizá descuidarle; pero el Padre, que los tenía bien conocidos, le habló con resolución, que en semejantes ocasiones infunde Dios valor á sus Ministros, y le hizo cargo de haberle hurtado las mulas. Conocióse que se amilanaron algo de verle tan animoso, y para disimular más, le hicieron algunas peticiones. Díjoles, que sí les daría lo que pedían, pero que no